

de la metafísica: el mundo viene de Dios: entre los hechos que la ciencia observa y la palabra de Dios no hay una sola contradicción real é irreformable: vejez del globo terrestre: no hay desacuerdo entre la Biblia y la ciencia en la grande línea del tiempo: los seis días de la creación; San Agustín, Bosuet..... 274

## EXISTENCIA DE DIOS.

Abandonamos ya el árido y fragoso camino que veníamos atravesando.

Las teorías del positivismo, son pavorosas y frías.

Hoy entramos en otra región, en que los horizontes se dilatan, y en que se respira una atmósfera saludable y benéfica.

Vamos á hablar de Cristo y de su divinidad: el mundo católico la palpa: el mundo oficial la desconoce.

Tenemos que hacer ese estudio ante los negadores de la divinidad del Verbo Encarnado, y demostrarles que es una verdad que constituye la vida del mundo.

¶ Para presentar esas pruebas, necesitamos es-

tablecer la existencia de un Ser Supremo, personal, trascendente y centro de todas las perfecciones.

La tarea es dulce y fácil hasta cierto punto.

A fin de mostrar, contra los positivistas, que la creencia en Dios no es una ilusión quimérica; contra Stuard Mill, que no es una opinión puramente probable, y contra Spencer, que no sólo estamos ciertos de la existencia, sino también de los atributos característicos del Ser absoluto, tendremos que determinar cuáles son los medios para llegar al conocimiento de Dios, y cuáles son las pruebas de su existencia.

El Concilio del Vaticano responde que el medio, para demostrar la existencia de Dios y sus atributos, son las cosas creadas, *per ea quæ facta sunt*.

No es la intuición inmediata de la esencia íntima de Dios, lo que nos manifiesta su existencia y sus perfecciones.

Le veremos en el cielo: en la tierra sólo conocemos directamente á las criaturas, y, en consecuencia, sólo por ellas podemos llegar á conocerle, en cierta medida.

Es indudable que la existencia de Dios está

implicada en su esencia, porque es el ser necesario, y por lo mismo, su ser, es su existir.

Pero esto para nosotros no es evidente, porque no conocemos en toda su plenitud la esencia divina.

Los argumentos, de consiguiente, con que podemos demostrar la existencia y los atributos de Dios, se apoyan sobre la existencia contingente, no necesaria por sí misma, de seres finitos que caen bajo el criterio de nuestra conciencia y de nuestros sentidos.

Así es que, la demostración de la existencia de Dios, no puede hacerse *a priori*, sino *a posteriori*.

Estos argumentos pueden reducirse á tres, es decir, tres son los principios de donde parte la inteligencia humana, para llegar al conocimiento de Dios.

El primero es el principio de causalidad que puede expresarse así: *No hay efecto sin causa*.

El segundo es, que no hay perfección en los efectos que no esté eminentemente en su causas y puede formularse de este modo: *Lo más no puede salir de lo menos*.

El tercero es, que la causa primera, existiendo necesariamente y por sí misma, posee el ser sin

ninguna restricción, posee, en consecuencia, todas las perfecciones en grado supremo, sin mezcla de ningún defecto, y puede concebirse de esta manera: *El ser necesario posee necesariamente todas las perfecciones.*

Como las doctrinas positivistas niegan el valor de estos principios y su fuerza para probar, en la cuestión que nos ocupa, estableceremos el valor de esos principios y la fuerza que en sí tienen para llevar al espíritu la convicción más completa.

---

El primero de los principios de donde parte la razón para demostrar la existencia de Dios y conocer sus atributos divinos y sus perfecciones infinitas es el principio de causalidad, expresado en esta breve y luminosa fórmula: no hay efecto sin causa.

A fin de apreciar toda la fuerza que tiene este principio para llevar á la inteligencia humana la más profunda convicción sobre la existencia de un Ser Supremo origen y causa de todos los seres, vamos á presentarlo dominando en una prueba de la existencia de Dios, que en sen-

tir de Santo Tomás, es la más clara y la más convincente.

Es cierto, por el testimonio de nuestros sentidos, que hay cuerpos que están en movimiento y cuyas cualidades físicas, como su temperatura, se cambian y se modifican.

Estos movimientos y estos cambios de temperatura ó de cualidades físicas, no pueden producirse más que por una fuerza, y por una fuerza que se halle en otro cuerpo que va á moverse ó cuyas cualidades van á cambiarse.

Esto es evidente para la materia bruta, una vez que ella obedece á la ley de inercia y que es incapaz, por sí misma, no sólo de ponerse en movimiento, sino aun de cambiar de temperatura.

Esto también es verdadero para los cuerpos vivos.

Ellos poseen sin duda, en sí mismos, un principio de movimiento y calor; pero lo reciben de cuerpos extraños que se asimilan, ó de causas á cuya influencia están sujetos.

Ningún ser puede darse lo que no tiene: un cuerpo inerte, si se le supone inmóvil y frío, no puede ponerse por sí mismo en movimiento, ni elevar su temperatura.

Se necesita una fuerza motriz ó una fuerza calorífica extrañas, que sean capaces de producir estos efectos.

El axioma de la filosofía que condensa estas ideas, es, como todo axioma, perceptible y evidente: todo lo que se mueve, se mueve por otro: *omne quod movetur, ab alio movetur.*

Puede suceder que esa fuerza motriz y esa fuerza calorífica hayan recibido el movimiento ó la temperatura que comunican, de otra causa distinta.

Así la bola de billar que mueve á otra, ha recibido á su vez, de la mano del hombre, el impulso que trasmite.

Esto no admite duda; pero remontándonos á la serie de las causas que se van comunicando unas á otras ese movimiento y ese calor, preciso es llegar á un ser primero que las ha comunicado á las demás, sin haberlas él recibido de ninguno.

O se llega á esa primera causa, á ese primer motor, absolutamente inmóvil, ó es necesario proceder hasta lo infinito en la serie de causas.

Una serie de causas infinita, no puede concebirse.

No es posible un número infinito.

Suponiéndolo por un momento ese número infinito tal número contendría necesariamente centenas, millares, millones, etc.

El número de unidades de millar, por ejemplo, contenido en esa multitud que se supone infinita, ó es finito ó es infinito: si lo primero, tenemos una multitud infinita resultante de un número finito: si lo segundo, tenemos un número infinito menor que otro infinito, porque es claro que el número resultante de un número infinito de unidades de millar, ha de ser mayor que aquel que se supone infinito por contener infinitas unidades simples.

Ni uno ni otro extremo puede admitirse: ni lo infinito nace de lo finito, ni un número infinito puede ser mayor que otro número infinito.

Hay otra razón que persuade de que la multitud infinita no puede concebirse.

Toda multitud indeterminada ó en abstracto, es imposible, como es imposible que exista una sustancia que sea sustancia solamente, sin ser material ó espiritual, hombre, ángel ó animal.

Si, pues, una multitud no puede constituir sino una especie de número, esa multitud no puede ser infinita, una vez que repugna un número

específico que sea infinito, dado que cada especie de número es medida y determinada por la unidad: es decir, la existencia actual de una multitud infinita es imposible.

En consecuencia, una serie infinita de causas no puede concebirse.

Hay otra razón: aun admitida esa serie infinita de causas, no podría explicarse por ella la existencia ó producción del efecto, puesto que para llegar hasta ese efecto, habría sido necesario pasar por una serie infinita, y por consiguiente, interminable, y por una serie interminable no puede pasarse, porque entonces tendría término.

Si, pues, el movimiento de los seres se palpa, y si es imposible explicarlo por una serie infinita de causas que la comuniquen, preciso es llegar á un motor que de nadie haya recibido el movimiento y que sea absolutamente inmóvil: este es Dios.

---

El movimiento de los seres que palpan nuestros sentidos, nos ha llevado á reconocer la existencia de un primer motor, absolutamente inmóvil, que es Dios.

La existencia del efecto, nos ha hecho admitir la existencia de la causa.

Este principio domina igualmente en la segunda prueba que Santo Tomás saca de la existencia de los seres contingentes, considerados no ya en sus cualidades accidentales, sino en su misma sustancia.

Existe algo, cuando menos, nosotros: aunque el mundo, con todas las bellezas que en él admiramos, fuese una pura ilusión, nuestra propia existencia sería una realidad, que sólo pudiera negar quien hubiese perdido por completo la razón, quien no tuviera conciencia de sí mismo.

Si existe algo, algo ha existido siempre.

Porque si fingimos que nada ha existido absolutamente, nunca podría haber algo; pues lo que comenzase á ser, no podría salir de sí mismo, ni de otro, porque se supone que nada hay, y la nada, nada puede producir.

Ha existido, pues, siempre algo: este algo será necesario ó contingente; si lo primero, tenemos ya un ser que necesariamente existe; tenemos á Dios: si lo segundo, tenemos un ser que puede existir y no existir, que no tiene en sí la razón de su ser: tiene que tenerla en otro; y como de este

otro se puede decir lo mismo, resulta que al fin ha de llegarse á un ser que no tenga la razón de la existencia en otro, sino en sí mismo, y que por consiguiente sea necesario.

Partiendo, pues, de la existencia de algo, aunque sólo sea de la existencia de nosotros mismos, tiene que llegarse á la existencia de un ser necesario. Si no fuera así, habría que proceder hasta lo infinito y una serie infinita de causas subordinadas, no se concibe, es imposible.

Sea la serie, dice Balmes, A, B, C, D, E, F que deberemos suponer prolongada *á parte ante* hasta lo infinito. La existencia de F ha debido ser precedida por la de E; la de E por la de D; la de D por la de C; la de C por la de B; la de B por la de A, y como A también es contingente, su existencia ha debido ser precedida por otro; y la de éste por otro hasta lo infinito.

Luego para que exista F han debido existir términos infinitos, luego se ha debido acabar lo infinito: lo infinito acabado ó finido es contradictorio; luego la serie infinita es absurda.

Hay, pues, un primer ser necesario: una primera causa: hay Dios.

La existencia del movimiento nos ha llevado irresistiblemente á reconocer la existencia de un primer motor, absolutamente inmóvil.

De igual manera, la existencia de los seres contingentes, que pueden existir ó no existir, nos ha conducido de un modo irremediable á proclamar la existencia de una primera causa.

Nos hemos encontrado en presencia de este dilema: ó se admite una serie infinita de causas, ó tiene que reconocerse una sola como origen del movimiento y fuente de la vida.

La serie infinita de causas, no se concibe, porque entonces no llegaría á producirse el efecto, una vez que lo infinito no puede traspasarse, y vendríamos por otra parte, á dar al absurdo de que un número infinito fuese mayor que otro infinito.

“Los positivistas modernos, dice el Cardenal González, para evitar el absurdo de tener que admitir números infinitos, mayores unos que otros, suelen decir que la serie de las plantas y de los animales y del hombre, no forman series distintas, sino una serie única, considerando á los hombres como un desarrollo de los animales, á éstos como el desarrollo de las plantas y á las plantas como una evolución de los minerales.”

“Pero ni aun con esta hipótesis materialista, agrega el sabio Cardenal, pueden conseguir su propósito: porque siempre será verdad que el número de las hojas de los árboles y sobre todo el número de los brazos ó de los cabellos del hombre, es mayor que el número de éstos, aún incluyendo en la escala humana los seres inferiores como parte de la misma.”

Y esto sin contar que la serie infinita de causas y efectos, tropieza por todas partes con absurdos que solo puede devorar lo razón, ó mejor dicho, la palabra de los materialistas.

Si la serie infinita de causas es imposible, necesario es adoptar el segundo extremo del dilema, ó lo que es lo mismo, la existencia de una primera causa, la de un ser necesario, que es Dios.

Pero ni aun ante esta conclusión se dan por vencidos los positivistas.

Esa causa necesaria, dicen ellos, son las leyes de la naturaleza misma.

Los seres contingentes son llamados á la existencia, según su concepto, y mantenilos en ella por la necesidad que les imponen las leyes de la naturaleza.

Agregan que de aquí resulta, es decir, de la

existencia de esas leyes, que los fenómenos del mundo no son contingentes, sino necesarios y que es necesario buscar en el mundo mismo la causa necesaria de esos fenómenos, á la cual, los no positivistas, llamamos Dios.

Así Taine, quiere que se considere el mundo como una escala de formas y como una serie de estados que tienen en sí mismos la razón de su sucesión y de su ser; que encierran en su naturaleza, la necesidad de su caducidad y de su limitación; que bastándose á sí mismos, agotan todos los posibles, y ligando todas las cosas, desde el tiempo y el espacio hasta la vida y el pensamiento, se asemejan por su magnificencia y por su armonía á un Dios inmortal y poderoso.

Las leyes de la naturaleza existen como la ciencia lo demuestra: nadie lo desconoce, ni lo ha negado ningún apologista cristiano.

Los fenómenos se producen también con regularidad admirable: nadie lo desconoce tampoco.

Fuera de la acción de Dios, causa primera, la filosofía cristiana reconoce la acción de las creaturas que son las causas segundas.

Negar lo, sería abrir las puertas al panteísmo, porque sería tanto como proclamar que no hay

en el mundo otra acción que la del ser infinito. Pero las leyes de la naturaleza, la regularidad de los fenómenos y la posibilidad de calcular su marcha, en modo alguno suponen que el fenómeno sea de una necesidad absoluta.

La necesidad de las leyes de la naturaleza, no quita la contingencia del mundo.

Esas leyes, ó se consideran en su forma abstracta ó matemática, ó en los fenómenos reales que las obedecen en el universo.

Si lo primero, son puras concepciones de nuestro espíritu que no pueden dar existencia á fenómenos que pasan fuera de nosotros; si lo segundo, esas leyes no se imponen más que hipotéticamente, es decir, que se necesita buscar fuera de ellas la razón de su necesidad.

Esas leyes son necesarias dada la constitución del mundo; pero esta misma constitución es contingente: la necesidad de aquellas ni entraña ni supone la necesidad de éste.

Las leyes y fuerza, de la naturaleza, dice el cardenal González contienen la causa próxima y la razón suficiente, inmediata é hipotética del orden y conservación del universo, pero no la causa primera, ni la razón suficiente, absoluta, porque las

fuerzas y leyes que regulan la producción de los efectos contingentes y sus relaciones, no pueden poseer una necesidad superior á la que corresponde á los seres en los cuales se hallan.

Resulta, pues, con toda evidencia, que existe una causa primera, que existe un primer motor, un ser necesario que tiene en sí mismo la razón de su existencia.

Este principio: *no hay efecto sin causa*, que es el que domina en las precedentes demostraciones, nos lleva á reconocerle.

---

Los positivistas que niegan la existencia de un Ser Supremo personal y trascendente, reconocen como verdades incontrovertibles las verdades matemáticas.

Las matemáticas son para ellos la primera ciencia, las que en justicia son las que merecen ese nombre casi divino.

Verdades matemáticas son: que seis y tres son nueve, que los radios de un círculo son iguales, que los círculos de diámetros iguales son iguales, que un triángulo no puede ser cuadrado, y otras



de este linaje que se imponen á la razón como innegables y evidentes.

Estas verdades no pueden tener su base en la observación y en la experiencia.

Estas verdades aritméticas y geométricas, como otras que son metafísicas y morales, tales como estas: es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo: es preferible la buena fe á la perfidia; son comunes á todos los hombres.

En todos tiempos y en todos los lugares del universo, esas verdades son reconocidas como tales.

Aquellas proposiciones, aquellas verdades han sido verdad antes que nosotros existiéramos y serán verdad después de que dejemos de existir.

Hay, pues, entre todos los hombres una comunidad de razón: algo que se presenta á todos y del mismo modo.

¿De dónde dimana esta comunidad de pensamiento?

¿Depende de algún hombre?

Evidentemente no.

Exista ó no el hombre, siempre será verdad que los círculos de diámetros iguales son iguales.

¿Depende acaso de nuestra razón? Tampoco.

antes por el contrario, la verdad de nuestra razón depende de que se conforme con aquellas verdades: ellas son la ley de nuestro entendimiento, y desde el momento en que las niega, se niega á sí propio, se convierte en un caos.

¿Podrá fundarse esta necesidad en las cosas mismas?

Tampoco: la igualdad de los radios de un círculo no depende de la existencia del círculo: aunque no hubiese ningún círculo, siempre sería verdadera esta proposición: los radios de un círculo son iguales.

Hay, pues, diremos con Balmes, el ilustre filósofo español, un orden de verdades necesarias, cuya verdad y necesidad no dimana de nosotros, ni de los objetos á que se refieren.

Y como esta verdad ha de tener un fundamento, si no queremos decir que toda verdad es ilusión, preciso es reconocer que hay una verdad fundamento de todas, una verdad en donde se hallen todas.

Esta ha de ser real, porque la nada no puede ser fundamento y origen de la verdad y necesidad; ha de ser subsistente en sí misma, porque las ideas no existen por sí solas, y deben estar en algún entendimiento.

Hay, pues, una verdad, fundamento y origen de todas las verdades: hay una inteligencia suprema, hay una verdad infinita, hay Dios.

La evidencia de imposibilidad en las series infinitas, nos ha revelado con claridad vivísima la existencia de una causa primera.

Esta prueba es más luminosa, si cabe, en su relación con el tiempo.

Uno de los genios más poderosos que han honrado nuestro suelo, el sabio doctor D. José Ignacio Vera, así presenta la demostración.<sup>1</sup>

“El número de años ó períodos equivalentes de tiempo que han pasado no es infinito, pues un número infinito no puede ser mayor que otro número, y es claro que el número de días que han pasado es mayor que el número de años.

Luego el número de años pasados no es infinito.

Luego hubo un primer año y por consiguiente, un primer día, una primera hora, un primer minuto, un primer segundo, un primer instante de tiempo.

<sup>1</sup> Curso Elem. de Relig. 24.

Luego el tiempo, que es el orden de las cosas sucesivas, no existe necesariamente, y alguna causa ha dado el impulso á lo que se necesita para que haya tiempo y es causa de tiempo.

Y como la causa es primero que el efecto, hubo una causa que existió antes del tiempo, y por lo mismo, en la eternidad, una causa eterna.

Y la causa eterna del tiempo, es, por eterna, indestructible, poderosa para producir su efecto, libre como que el efecto no es producido necesariamente, pues no siempre hubo dicho efecto, causa inteligente, puesto que es libre, capaz de producir la primera modificación en lo que está sujeto al tiempo, y por consiguiente capaz de criar. A esta causa llamamos Dios, Rey de los siglos, inmortal, á quien corresponde honor y gloria por toda la duración del tiempo y de la perpetuidad sin fin.”

Los razonamientos apenas bosquejados en los anteriores artículos, y á los cuales no hemos podido dar, atendidas la índole y las dimensiones de nuestra humilde publicación, el desenvolvimiento de que son susceptibles, ponen de manifiesto la

existencia de un primer motor, causa del movimiento; de un ser necesario, causa de los seres contingentes; de una primera verdad, causa de todas las verdades; de un principio eterno, causa del tiempo.

Todos esos razonamientos descansan, como en base incommovible, en este principio que la razón humana, si no está pervertida ó ciega, reconoce sin esfuerzo: *no hay efecto sin causa*.

Hemos visto, hemos palpado, en las precedentes demostraciones, efectos cuya existencia no podemos poner en duda: hemos visto el movimiento; hemos tocado seres contingentes; hemos sentido la exactitud de las verdades necesarias, como son las verdades matemáticas; nos hemos visto, en fin, envueltos, en esa corriente, que nadie detiene, y que se llama tiempo.

Estas cosas, cuya existencia no podemos negar, nos han llevado á buscar su origen, y, no encontrándolo en una serie infinita de causas, hemos logrado columbrarlo en un primer motor, en un primer ser, en una primera verdad, en un primer principio eterno y necesario.

Para combatir la evidencia de estas pruebas, era preciso combatir la exactitud del principio

en que ellas descansan: era indispensable negar este axioma: *no hay efecto sin causa*.

Los filósofos, que al decir de algún viejo autor, no hay locura que no defiendan, es decir, *filósofos* que llevan el nombre de tales, pero que en el fondo no lo son, han negado la existencia y la verdad de esa tesis que el solo buen sentido proclama y sanciona. Desde tiempos muy remotos, no ha faltado quien niegue la exactitud de este principio, la realidad de la noción de causa.

La escuela escéptica que florecía cuatrocientos diez años antes de la era cristiana, lo negaba implícitamente, al sostener que no había verdad absoluta, que todo era relativo y que el conocimiento era sólo de apariencias y no de realidad.

Cuando esta escuela invadió el Imperio Romano, era su jefe un cretense, llamado Enesidemo, que vivió en Alejandría muy poco después de la época de Cicerón.

Este jefe de los escépticos en Roma, aceptó los diez argumentos que para combatir toda verdad excogitara un discípulo de Pirrón y de un modo especial impugnó la realidad de la noción de causa.<sup>1</sup>

1 Urráburu, filosofía, tomo I, núm. 38.